



Introducción

Esta obra se puede resumir como una búsqueda de las reglas de juego a través de las cuales se pueda armonizar dos principios de apariencia dicotómica: Libertad e igualdad. Estos principios son presentados generalmente como opciones excluyentes en la tarea de organizar la sociedad. Este reto trata de responder a la problemática y conflictividad que se presenta cuando dichos principios se proponen como excluyentes. Así, los liberales y neoliberales plantean la maximización de la libertad; mientras que los socialistas y comunistas proponen la maximización de la igualdad. Pero, muchas experiencias han dejado al desnudo a la extrema izquierda y a la extrema derecha. Entre las más recientes, se destacan:

- La caída del Muro de Berlín, en 1989, puso en evidencia los absurdos de la extrema izquierda, puesta en práctica a través de un socialismo estatizante e impuesto por una dictadura en aras de una eventual igualdad de clases llamada comunismo; un mito.
- La caída de la Pared de Wall Street, en 2008, puso en evidencia los absurdos de la extrema derecha, puesta en práctica a través de un régimen de desregulación bancaria en aras de una supuesta libertad y de un mercado que se autorregularía a sí mismo, a través de la llamada mano invisible; otro mito.

Pero, ni la mano invisible autorreguló al mercado, al menos no sin que millones de personas viesan amenazados los ahorros de toda una vida de trabajo; ni el comunismo dejó de estar dominado por una nueva clase y por el miedo a la represión.

Vistos como extremos, los principios de libertad e igualdad son irreconciliables y pueden provocar, en quienes



buscamos soluciones más apegadas a la realidad que a prejuicios ideológicos, reflexiones como las siguientes:

- El antiliberalismo es tan absurdo como el liberalismo
 - El anticomunismo es tan absurdo como el comunismo
- Probablemente usted, al igual que yo, se ha sentido confundidos y faltos de respuesta ante las pretensiones de algunos que proponen sendas sociedades prístinas, organizadas bajo el predominio de la libertad o bajo el predominio de la igualdad. Por eso me dediqué a escribir este trabajo, para buscar la manera de organizar la sociedad de forma que disfrutemos tanto de la libertad como de la igualdad.

La dicotomía libertad versus igualdad es, más bien una díada, o dos partes inseparables de un todo, porque el supuesto dilema se puede resolver imponiendo uno de los dos extremos. Entonces, toda solución estable y aceptable tendrá que tener alguna dosis de ambos extremos.

Esta relación dialéctica coincide con el tipo de relación que se observa entre las díadas sociales, tales como entre las parejas hombre-mujer; maestro-alumno; o entre dos amigas. Para que estas díadas existan se necesita la relación entre dos entes, esos entes son diferentes por lo tanto en las soluciones a sus tensiones nunca puede predominar el interés o criterio de uno sólo.

De la misma manera, si desaparece el orden, la libertad se pierde en el desorden. Si desaparece la libertad, se pierde el orden porque un orden absolutista es rechazado por los participantes.

No debemos aceptar que hay algo moralmente malo en quienes no tomemos una posición ideológica, mucho menos si es extrema. Menos debemos caer en la duda existencial de que pudiesen existir algunos ilustrados que saben algo



que nosotros, los que vivimos el supuesto dilema, no sabemos.

Todo lo contrario ¡Démosle razón de ser a este falso dilema porque vamos a descubrir que se trata de una dída!

Aceptemos que lo acertado es asumir el reto de armonizar sus dos componentes a través de respuestas elaboradas y equilibradas. Abordemos el problema como un dilema porque se trata de dos partes inseparables de un todo, de una dída. La solución no se alcanza mediante respuestas que sobresimplifican el reto, privilegiando un principio e ignorando el otro. De esta forma, la experiencia histórica de la humanidad señala que siempre hay pocos que se benefician y muchos que se sacrifican cuando se implantan regímenes extremistas. Mientras que cualquiera que observe las distintas sociedades del mundo, tratando de ser más objetivo que ideológico, podrá constatar que las más desarrolladas y políticamente estables son aquellas que tratan de responder al reto de la dída libertad-igualdad de manera equilibrada, repartiendo cuotas de libertad y de igualdad.

En el otro extremo, se observa que en las sociedades menos desarrolladas o menos estables ven la dída libertad-igualdad como un dilema y tratan de responder a tal dilema privilegiando la libertad o la igualdad. Como tales extremos acarrearán más sacrificios que beneficios, estas sociedades terminan siendo regímenes no democráticos e inestables que, para comprar tiempo, recurren a la represión para imponer la obediencia.

Otros países no desarrollados, ni siquiera entran en disquisiciones filosóficas o ideológicas sobre el bienestar de los demás, porque quienes los dominan simplemente hacen del ejercicio del poder un fin en sí mismo.



Rasgo deplorable éste último, que desafortunadamente comparten los regímenes extremistas ideológicos con algunos países menos desarrollados.

Tan lo comparten que no es extraño que un régimen comenzado bajo algún extremismo ideológico involucre hacia un modelo de simple concentración del poder en manos de unos pocos. Así sucedió en la ex Unión Soviética, Cuba y está ocurriendo en Venezuela.

La conclusión a la que llegué luego de 13 años de trabajo preparando esta obra rebasó los conocimientos y posiciones ideológicas con los que arranqué a escribir en 1995: el modelo que mayor potencial de bienestar y paz social ofrece a las sociedades de todo el mundo no es un modelo de

libertades ni es un modelo de igualdad, es decir, no es un modelo de extrema derecha ni de extrema izquierda; sino un modelo de centro basado en la combinación dialéctica de los principios, de apariencia dilemática, de libertad e igualdad. Yo no sabía eso cuando comencé a escribir, pero este es el mensaje que quiero compartir con ustedes ahora.

Si bien un modelo de sociedad basado en este aparente dilema ya parece difícil concebir, más difícil debe ser aún su implementación, ya que pocas sociedades logran manejar dialécticamente estos principios para ponerlos en práctica simultánea y armónicamente.

Para tratar de hacernos entender en este aspecto, vienen a la mano los casos de los gobiernos de Carlos Andrés Pérez, 1989-1993 y de Hugo Chávez, 1999-2008. Al utilizar estos ejemplos, de ninguna manera, aquí ni en ningún otro capítulo de esta obra, deseamos elogiar o condenar, ni a estos ni a ningún otro gobierno a los cuales haremos referencia. Aquí no se está haciendo política partidista ni sectorial alguna; lo que estamos intentando es buscar criterios para ayudarnos entre todos los que puedan leer



esta obra con interés cívico y no parcial a identificar un modelo de sociedad más equilibrado y estable que los ensayos pendulares que hemos vivido hasta ahora.

En este momento de la exposición traigo a colación los casos de Pérez y Chávez como ejemplos de ensayos que trataron de maximizar cada uno, un principio, sacrificando el otro. De esta manera, con base en estos ejemplos, podemos intentar comunicar más claramente en qué consiste el reto

de armonizar los principios de libertad e igualdad y los sacrificios que imponen los proyectos políticos simplistas.

Así, se puede observar que el ensayo de liberación de 1989, liderado por Carlos Andrés Pérez, penduló hacia la extrema derecha en aras de la libertad y de la minimización del Estado.

Este ensayo fracasó, y fracasó porque, planteando un buen principio: rescatar la libertad, no se supo llevar a cabo de manera que la libertad no fuese demasiado para los pocos que tenían

los medios para aprovecharla; mientras que, la mayoría, sin los instrumentos para poder valerse por sí misma de las oportunidades que ofrecía ese ensayo de libertad, veía cómo pocos se enriquecían mucho, mientras muchos se empobrecían. Esto ocurrió sin mayor asistencia del Estado o de las

instituciones y empresas privadas para compensar las grandes diferencias socioeconómicas. Más bien, mientras se aplicaban los programas de ajuste

y reestructuración de la economía bajo un enfoque *shock*, se disparaban los precios, el tipo de cambio, las tasas de interés, caía el salario real y el crecimiento económico.

Así y todo les dijimos a los pobres que “había luz al final del túnel”, como si alguien pudiese esperar meses o años para traer diariamente tres comidas a su casa. Algunos previmos y señalamos estos desbalances, pero no pudimos o no



supimos reorientar a los que no estaban dispuestos a escuchar, que su simplismo carecía de viabilidad política porque imponía demasiados sacrificios a los pobres y a las mismas empresas que decían favorecer. Aquí debo reconocer que hasta cierto punto me identifiqué con este esfuerzo de cambio, consciente de que sus principales objetivos eran necesarios: devolver algo de las libertades económicas y políticas perdidas en la partidocracia, esperando que lo que le faltaba o sobraba al ensayo fuese introducido y eliminado en el camino.

También debo reconocer que la frase "hay luz al final del túnel" también la hice mía. Pero, nunca dejé de manifestar mis preocupaciones por el desequilibrio de lo macroeconómico sobre lo económico y, especialmente, sobre lo social:

Coincidimos con el fondo de las medidas de apertura de la economía que se van a aplicar, anunciadas por el próximo gobierno,...

Pero diferimos en la forma de implementación drástica. Preferimos una apertura más concertada y progresiva. No obstante, estamos conscientes que, de continuar la orientación fiscalista aplicada hasta ahora, ésta implicaría sacrificios aún mayores a los que enfrentaremos mientras el nuevo enfoque se estabiliza.

Pero hoy, más que nunca, debemos divulgar nuestro modelo de apertura concertada... en caso de tener que revisar el enfoque de apertura drástica que se va a ensayar.

De la cita anterior ya se podía inferir, un mes antes de la juramentación del presidente Pérez para su segundo gobierno, que, a fin de cuentas, el mismo ensayo de libertades no respetó ni la libertad de los empresarios, supuestos beneficiarios de la liberación de la economía,



porque su libertad fue vulnerada en la medida que no se les escuchó cuando trataron de señalar dónde les apretaba el zapato. Peor aún, los gobernantes de turno y los promotores extremistas de las reformas trataban a los industriales, que pedían moderación, como si fuesen buscadores de protecciones clientelistas, en vez de verlos como entes racionales. Tampoco se respetó el derecho a cierta igualdad de los más pobres ya que se les sometió a sacrificios insostenibles.

Lo irónico es que los más pobres serían, relativamente, los más beneficiados de haber tenido éxito este ensayo, considerando su nivel de pobreza en el punto inicial de partida.

En el caso de Chile, cabe destacar que un modelo parecido al de Pérez inició la recuperación de la economía y el rescate de muchos de la pobreza.

El concepto general de este enfoque sigue vigente. Ha logrado sostenerse porque los chilenos, de diferentes signos políticos, han sabido llevar a cabo una adaptación dialéctica, entre libertad e igualdad, de un modelo inicialmente planteado como mucho más de derecha, y con mayores sacrificios, económicos y políticos, que el ensayado por Pérez. Recuérdese que el ensayo chileno fue implantado por una dictadura.

Chile ha pasado por la liberación y apertura a ultranza de la economía de la primera etapa del gobierno de Augusto Pinochet; por una etapa más moderada del propio Pinochet; dos gobiernos social cristianos y dos socialistas.

Cada uno ha mejorado el modelo, buscando equilibrar la libertad

con la igualdad. Resultados: los ricos en Chile están mejor que los ricos en Venezuela y, más relevante aún, los pobres en Chile están mucho mejor que los pobres en Venezuela, y dejando de ser pobres. Un factor que probablemente explica porqué Chile se mantuvo en el rumbo de liberación



y apertura económica y Venezuela no, es la renta petrolera. Chile no tiene—ni en las exportaciones del cobre— grandes rentas. Venezuela sí tiene una gran renta petrolera. Esta diferencia significa que los chilenos deben obtener su bienestar del esfuerzo de su trabajo. En el caso de Venezuela, los venezolanos pueden obtener parte del bienestar del reparto de subsidios por parte del Gobierno, “dueño” real de la renta petrolera.

Esta diferencia también explica porqué Chile ha evolucionado hacia un modelo más democrático; esto porque el Estado y el Gobierno chileno dependen de los impuestos que pagan los ciudadanos de ese país y esto genera una relación de interdependencia horizontal y de respeto entre el Estado y el ciudadano. Por lo contrario, los venezolanos han evolucionado, en los últimos 15 años, hacia un modelo cada vez más autocrático, ahora con visos totalitarios, debido a que son los ciudadanos quienes dependen de quien reparte la renta petrolera. Esto genera una relación vertical de dependencia del ciudadano débil que recibe del gobernante fuerte.

Por otra parte, se puede observar que en Venezuela el ensayo de 1999, liderado por Hugo Chávez, en vez de ajustar los errores de Pérez, penduló en la dirección contraria; es decir, hacia la extrema izquierda, esto en aras de la maximización de la igualdad y del tamaño del Estado. Al igual que sucedió con el ensayo de Pérez, éste también marcha hacia el fracaso si no incorpora medidas que rescaten las libertades para darle viabilidad económica al sistema. Al intentar repartir sin producir, el todo se empobrece y esto le resta viabilidad económica y política al ensayo chavista. Con esta fórmula, en vez de verdaderamente enriquecer a los más pobres, para cumplir con el propósito de la igualación social, lo que más se destaca en lo que está ocurriendo es que avanza la concentración del poder político, acompañada por un enriquecimiento de una minoría mucho menos numerosa



y más clientelista que la de 1989 y de un empobrecimiento mayor y de muchos más.

Sin embargo, la dialéctica no nos abandona pues tampoco es difícil ver que los dos ensayos de 1989 y 1999, tal vez se plantearon como soluciones extremas ante extremos problemas:

- ¿Quién puede decir que en 1989 los venezolanos no estábamos atosigados de estatismo y que necesitábamos más libertad para realizar nuestros proyectos personales y para recuperar la responsabilidad individual, frente al estatismo, el intervencionismo, los subsidios y el clientelismo?
- ¿Quién puede decir que en 1999 no necesitaba el país acelerar el rescate de los pobres, el castigo al clientelismo político y a la corrupción mediante políticas de igualación de oportunidades dirigidas a los menos favorecidos?

Pero, ¿por qué habrá lanzado Pérez en 1989 un macro proyecto económico a través de la liberación de la economía, sin haberlo acompañado de un mega proyecto social, el cual sólo ofreció tres años más tarde y a sólo tres semanas antes del golpe de Estado liderado por Hugo Chávez en 1992, precisamente en reacción contra el llamado "paquete económico".

Y, ¿por qué habrá lanzado Chávez en 1999 un mega proyecto social para el rescate de la pobreza y, a la vez, ataca la principal fuente de generación de riqueza y de puestos de trabajo que es la inversión privada, por lo que termina ofreciéndole a los pobres sólo el consuelo de los subsidios y un Estado cada vez más poderoso cuyo principal beneficiario es él; es decir, su propio poder?

Parecería que estas paradojas están explicadas, en primer lugar, por las ideologías extremas asumidas por ambos liderazgos y sus asesores.



Ideologías que sobresimplifican y sobreestiman, respectivamente, los valores de la libertad o de la igualdad, obviando el reto de integrar ambos principios.

Otra explicación de estas paradojas pudiera ser que los movimientos extremistas tienden a plantearse la concentración del poder político, sin que este segundo objetivo sea confesado a las masas a quienes dicen tratar de redimir. De no lograr concentrar el poder, cualquier movimiento extremista sería sustituido o derrocado. Esto último porque, si el movimiento plantea un modelo que va a maximizar uno de los dos principios de organización social, soslayando el otro, necesariamente va a causar sacrificios insostenibles que provocarán una reacción popular desestabilizadora. Por ello, estos movimientos tienden a concentrar el poder para disponer de los medios para reprimir la eventual reacción que van a tener que enfrentar.

Así lo hizo Pinochet en Chile y lo está haciendo Chávez en Venezuela.

Pero no fue el caso de Pérez en su segundo gobierno. Este último fue ampliamente criticado por un entorno que, supuestamente, se habría enriquecido a la sombra del clientelismo político de su época. Esta sería una franca manifestación de concentración del poder, ya que la corrupción no florece sino gracias al poder mal distribuido. Sin embargo, la salida de Pérez de la Presidencia estuvo ligada al intento de repartición del poder político y económico que realizó, en contra de los intereses de la partidocracia de la cual él formó parte.

La distribución del poder político y económico ocurrió en el segundo gobierno de Pérez a través de la descentralización, la privatización, la reducción drástica de los controles de la economía y del estímulo al empresariado privado para que



invirtiera y creara puestos de trabajo, se diversificara la economía, las fuentes fiscales y de divisas a través de la reducción del rentismo petrolero, y de la despresidencialización de las decisiones públicas; ya que por medio de estas reformas el poder presidencialista, tradicionalmente atosigante e ingerenciable, se reducía.

Por el contrario, la propuesta de Hugo Chávez de "igualdad a ultranza", mediante el reparto de subsidios a los pobres y empobreciendo a quien "tenga algo", sea propiedades, poder político, eclesiástico, sindical, militar o tecnocrático, pasa primero por revertir todas las reformas que distribuyeron dicho poder entre 1989 y 1991. Así el país está involucionando hacia los aspectos negativos heredados del Pacto de Punto Fijo: presidencialismo, centralismo y estatismo; sustituyendo la partidocracia por autocracia; profundizando el rentismo petrolero OPEP para financiar el populismo y afianzar la relación directa líder-masa basada en el reparto y no en la producción de riqueza; por lo que el pueblo se está quedando cada vez con menos y peores empleos.

Este desbalance entre más y mejores subsidios con menos y peores trabajos hará crisis cuando caiga la renta petrolera per cápita. Los pobres saben que eso puede ocurrir en cualquier momento. Mientras tanto, practican la filosofía del "como vaya viniendo, vamos viendo". Así que nadie se haga ilusiones de que los pobres no saben qué terreno están pisando. Es decir, que ser pobre no es sinónimo de ser tonto, todo lo contrario. Ellos saben que, a fin de cuentas, no hay subsidio que pueda "resolverles la vida", si ellos no tienen un trabajo estable y cada vez mejor remunerado, y también saben que eso pasa por la inversión privada. De allí que la mejor política social para repartir la riqueza no es repartirla, sino producirla, y para ello se necesitan más inversiones y mejores trabajos. Es el trabajo el que mejor reparte la riqueza, mientras que los subsidios sólo son un complemento, y eso lo saben los pobres.



Estos comentarios de introducción nos muestran el reto de ser dialécticos en nuestras políticas y cómo dos titanes de la historia reciente venezolana, cada uno con sus méritos y limitaciones, como todos los seres humanos, fracasó el primero y el otro sigue el mismo rumbo del fracaso, al tomar cada uno por su parte dos visiones simplistas y extremas que no responden al reto de equilibrar los principios de libertad e igualdad en la organización de la sociedad. Para alcanzar ese equilibrio es necesario ver a estos principios como parte de una díada indivisible y no como una dicotomía insoluble.

Estas mismas observaciones aplican, en general, al mundo contemporáneo.

Así se observa que, al tratar de alterar o sobresimplificar el orden social, ignorando alguno de estos principios, se han creado sistemas sociales insostenibles que han sacrificado las necesidades individuales y grupales que representan dichos principios. Así, el exceso de igualdad, intentado a través de los ensayos del socialismo real, ha sacrificado la libertad y la fraternidad y, con ello, sólo ha logrado una igualdad y una fraternidad impuestas; lo que ha resultado en frustraciones sólo sostenibles a través de la represión y el miedo. Mientras que el exceso de libertad, intentado a través de los ensayos del liberalismo a ultranza, ha sacrificado la igualdad y la fraternidad y, con ello, sólo ha logrado la riqueza para unos pocos, dando pie a grandes diferencias sociales, económicas y políticas sólo sostenibles también a través de la represión. En cualquiera de estos dos extremos, los sistemas sociales resultaron inestables.

Mucho de lo que se pueda decir sobre los principios fundamentales de la organización deseable de las sociedades ya está dicho:

Libertad, Igualdad y Fraternidad



No obstante, en lo que nunca se tendrá la última palabra es en cómo responder al reto de compatibilizar estos tres principios, porque se trata de articular principios dilemáticos, pero a la vez, necesarios entre sí.

Organizar y conducir una sociedad supone lograr o, al menos, intentar el equilibrio dialéctico entre estos principios y asumir que las fórmulas ensayadas para lograrlo deben cambiar constantemente en la medida que cambian los componentes internos de cada sociedad o sus entornos. Esto nunca será una tarea fácil y mucho menos una tarea acabada. La "libertad" imprime movimiento, motivación, logros y cambios. Pero un exceso de libertad puede crear demasiadas desigualdades que desarticulan la sociedad y llevan al desorden, el cual atenta contra la misma libertad.

La "igualdad" es necesaria para asociarse en sociedad. La sociedad tiene que ser de socios lo cual supone un mínimo de intereses comunes, ya que en la comunidad de intereses es necesaria en toda relación social permanente y sinérgica, enriquecedora para todos. Pero un "exceso de igualdad" puede crear una sociedad sin iniciativas, pobre, estática y sin rumbo, plagada de individuos que esperan que se adelante el esfuerzo de los demás con la seguridad de que disfrutarán del reparto de lo común. Eso destruye la sociedad de socios y hace cínicos a los individuos, los cuales dejan de ser ciudadanos para convertirse en una masa amorfa a merced de los líderes.

La "fraternidad" ofrece un puente de unión entre libertad e igualdad, equivale a la solidaridad entre los seres humanos. Dicha solidaridad a su vez, tiene dos facetas, también en tensión dialéctica: la faceta del "yo", que busca su propio bienestar, y la faceta del "nosotros", a través del cual se busca la cooperación, la convivencia, el bien común y el ser relevante para los demás. Estas últimas necesidades aparecen en los seres humanos en la medida que se van alcanzando niveles superiores de desarrollo personal, y no se pueden satisfacer si no se forma parte del grupo y si no



se comparten sus objetivos y necesidades; esto supone un componente de igualdad junto con el componente de Libertad del yo. En particular, el querer ser relevante para el grupo refleja un afán de liderazgo, de iniciativa propia que, para poder expresarse, suponen la existencia de una cuota de libertad dentro de la relación entre iguales.

La fraternidad también responde a la necesidad del yo de pertenecer a un nosotros, y eso es lo más dialéctico que puede ser lo social. El ser humano no existe como humano si no tiene al "otro" a su lado. Y tener a otro a su lado, no significa una simple yuxtaposición física, sino que debe existir una "sociedad de socios"; es decir, algún objetivo en común, al menos el de hacerse compañía, para que exista la sociedad.

El nosotros es la solidaridad por voluntad propia y no por imposición. El nosotros es el componente más dialéctico de los tres principios de organización social, porque dentro de él conviven los intereses del yo con los intereses de los demás. Si esos intereses no conviven o, al menos, no existe la tolerancia, entonces es inútil pensar que se vive en sociedad. De allí que los intereses del yo, que reflejan la libertad, deben convivir los intereses de los demás, que reflejan la igualdad y la fraternidad.

Una de las limitantes más clásicas de la libertad, como señaló un gran liberal, John Stuart Mill, es la libertad de los demás. Por ello, hasta el más liberal acepta que sus libertades y derechos terminan donde empiezan los derechos de los demás. Es decir, que no somos, ni podemos ser totalmente libres, ni en la utopía más liberal. Como no somos, ni podemos ser totalmente iguales, ni en la utopía más comunista.

La carencia de fraternidad privilegia la libertad y el egoísmo, deteriorando la igualdad y la sociedad misma. Los regímenes liberales exageran la libertad y confunden a los ciudadanos al opacar los valores de la igualdad y de la



responsabilidad por los demás. Por ello, regímenes de esta naturaleza han terminado en situaciones insostenibles, cuyas grandes desigualdades evolucionaron hacia otros modelos, en algunos casos a través de guerras o confrontaciones civiles. Así ocurrió en Venezuela en 1992.

Un exceso de fraternidad, el dar sin recibir y recibir sin dar, inicialmente parece privilegiar la igualdad. Pero, esta relación desequilibrada, a la larga, deteriora la libertad y el afán de superación individual del que recibe sin dar nada a cambio, haciéndolo dependiente de su contraparte, quien da sin recibir. Este último se sobreordena respecto a quien recibe, por lo que ambos terminan destruyendo la igualdad que supuestamente intentaban construir. Tal cual y como está ocurriendo en Venezuela desde 1999.

Si la cooperación es impuesta, no es recíproca, y se repite el síndrome de los excesos de igualdad, según el cual muchos tienden a esperar el esfuerzo de los demás, seguros de que el reparto de lo común los beneficiará sin hacer el mismo esfuerzo que los otros.

Una sociedad que trate de crecer en libertad tiene que hacer uso de la fraternidad como puente de unión entre libertad e igualdad para que las oportunidades lleguen a los menos exitosos. Hoy día se sabe que la igualación no debe ser de resultados sino de oportunidades. Pero si las élites no logran producir esa igualación de oportunidades, no es extraño que ocurra lo que sucedió en Venezuela entre 1989 y 1998: algún líder mesiánico tenderá a aparecer, prometiendo la igualación de los resultados mediante la redistribución de la riqueza, aunque se conozca hoy día que tales políticas terminan empobreciendo a todos, especialmente a los pobres que serían los rescatados.

En los ensayos de exceso de igualdad, el yo y el nosotros pierden espacio en la libertad y la fraternidad, para ceder



ante el orden impuesto por el grupo dominante que controle el Estado para lograr la igualdad o, tal vez, su propio poder de dominación sobre la sociedad.

Por otra parte, si una sociedad trata de crecer en igualdad, y lo quiere hacer por voluntad propia, o sea, sin perder libertad, tiene que hacer uso del puente entre libertad e igualdad, o sea de la fraternidad, para que la igualdad de oportunidades sea ofrecida voluntariamente, a través del yo y del nosotros.

Aunque sea difícil responder en la práctica al reto planteado de armonizar los principios dilemáticos que condicionan el desarrollo de las sociedades, el ánimo para asumirlo bien podría surgir de rebobinar las películas del pasado, para tomar conciencia de los enormes sacrificios que han impuesto tantos movimientos y liderazgos mesiánicos, cuyas ofertas se han basado en maximizar un principio a expensas del otro. También podemos hacer uso de la experiencia de los demás países para arrojar luces y motivar nuestro propio cambio de rumbo. Véase cómo Venezuela perdió la delantera que llevaba desde mediados de los años treinta hasta mediados de los setenta, cuando se consideraba a este país como "el milagro económico y social del mundo", lo que es hoy la China. Véase mediante qué políticas ésta última, así como también Chile, España y Brasil entre otros países, que en aquellas décadas eran verdaderos problemas, hoy nos llevan la delantera y con mucho menos recursos económicos. Algo falta en nuestra sociedad, ¿serán los socios? y ¿los líderes que se ocupen más de liderar que de mandar?

José Antonio Gil Yepes
Caracas, octubre de 2008